

LA VARIADA LÍNEA DE SOLEDAD SEVILLA

(A modo de carta abierta)

Soledad, amiga mía, aunque ande yo alejado de todo y de todos apartadizo y como distante cual un verdadero eremita urbano, no por eso estoy ajeno a lo que acontece a mi alrededor, especialmente lo que hace al arte y a la cultura. Puedo decir que nada me ha interesado tanto en mi azarosa vida que ya comienza a ser larga.

Puedes imaginar fácilmente lo que sentí cuando leí en la prensa el anuncio de tu muestra con tan sugestivo título: "Variaciones de una línea". Tal que de manera automática, me vino al recuerdo tu figura delicada, tu inquieta e inteligente mirada azul. Me acordé, con extraordinaria, nitidez de cuando nos conocimos. Aquellos paseos, las visitas a la Alhambra, nuestras largas y sustanciosas conversaciones. Eres, por fortuna para mí, inolvidable. Y lo eres porque te confundes con tu pintura y semejas una prolongación de ella, o mejor, un origen. Un fundamento estético y conceptual. Una poesía sin palabras. Un admirable misterio del arte. Todo eso, como al inimitable Borges, me hace rico en perplejidad.

En un extraño desconcierto me debato, tratando de dar sentido a tanta incógnita, a tan prolongado enigma y tan lejano y, a la vez, vecino de la luz. Toda tu obra la atesora y desprende con una refinada secuencia de complejas mallas que aprisionan un flotante vacío que vibra de inquieto. Desde ese lábil punto, tú ves el cosmos o lo imaginas o lo inventas.

Sucede a veces, que me quedo contemplando una pieza de gran formato que me regalaste con ocasión de haber escrito yo un prólogo para una exposición tuya en el espléndido carmen blanco de la Fundación Rodríguez-Acosta. Me doy cuenta entonces de tu enorme capacidad de abstraer la sustancia de las formas y transformarlas, partiendo de su íntima esencia, de su estructura primigenia y genésica. Y las cosas, pues que las haces tuyas, se hacen extraordinariamente flexibles. Semejan sonidos de un peculiar instrumento imbuido de tu lirismo de intensa claridad meridiana. Porque hay algo en tu obra que la distancia de cualquier influencia, incluso cuando pretendes, con abierta libertad, acercarte a referentes pictóricos

distintos. Pareciera que, arrebatadamente, descienes a sus estructuras más profundas y extraes de ellas sutiles intimidades de sus argumentos expresivos.

Sin embargo, en orden, a la composición guardas siempre el equilibrio magistral que sobre la línea se articula y construye. Una estudiada búsqueda de la luz y del color que traspasa lo que Henry James denominaba la demencia del arte. No es el tuyo un mundo laberíntico en el que poderse extraviar. Todo tiene un cuidado acomodo en el que se alza ese constante ritmo geométrico y se enrumba la armonía hacia un destino premeditado de hallazgos vedados al azar. Tu seguro azar es siempre la destilación de la metáfora. El tropismo hacia la sublime presencia de una peregrina belleza sin hojosa retórica. Amanecida entre la fronda de un bosque de ópticas propuestas. El universo que infinito se recrea al pulso de tus manos, que se jaspea de tenues coloraturas e intrincados milagros lineales.

Mis palabras de hoy aspiran sólo a evocar parvamente un pasado de íntima amistad y un futuro de albricias que bien merece tu labor silente y apasionada. Acaso, con ellas, quiero darte el abrazo que no puede, en modo alguno, acogerse a la compleja maquinaria de la casualidad borgiana. Mi abrazo que alerta lo inocente y hermoso de tu vida. Consulto a la inmensa sabiduría del tiempo y me da la respuesta desnuda y precisa de un cromatismo perdido entre mágicas geometrías. Tú.

Emilio de Santiago
(publicado IDEAL, 31, mayo, 2015)